

tío que asistía á tan bárbara diversión, se llenó de admiración al ver que aquéllas se detienen mansas, pacíficas y como si sus dientes estuvieran oprimidos por un bozal, delante de un joven que aún no había cumplido veinte años, el cual, puesto de pié en medio de la arena, con sus brazos en cruz, lleno de dulce tranquilidad, se entrega enteramente á Jesucristo, á pensar en Él y á ponerse con un santo abandono en sus manos, sin ocuparse de las bestias, ni del pueblo, ni de la próxima muerte que le amenazaba. Otro día, también en Roma, la doncella y heroica virgen Inés, de trece años de edad y condenada á morir en el fuego, entró serena y tranquila en las llamas; y extendiendo sus manos, bendijo al Señor por haberla preservado de las asechanzas del demonio; y las llamas devoradoras, suspendiendo su destructora actividad ante esa edificante actitud de la inocente virgen, se alejan de ella como en señal de respeto y se precipitan sobre los que las habían encendido para amenazarles y condenar su crueldad. Esos prodigios quiso Dios que se repitiesen en muchas ocasiones para manifestar la eficacia del sacrificio de Jesús; y así es como en tres siglos aprendió el universo á conocer y hacer la señal de la cruz.

LA SEPULTURA

La mayor parte de los Apóstoles estaban ocultos después de la muerte de Jesús, y, merced á la influencia y virtud, de la

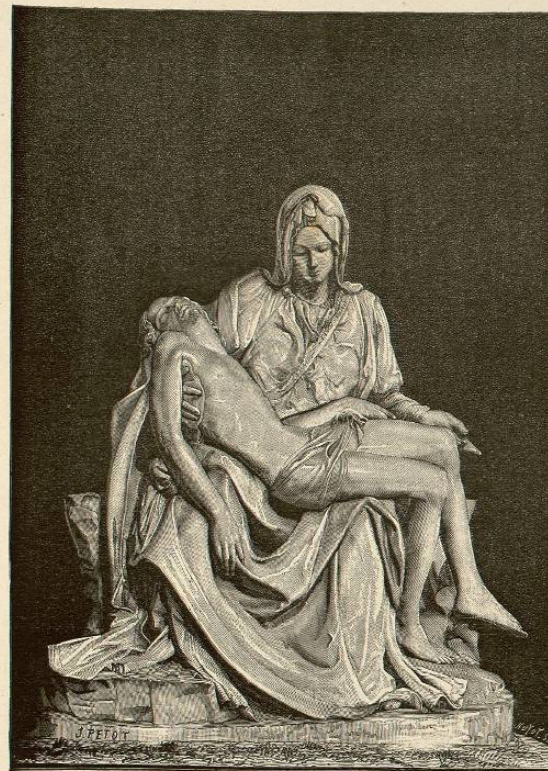


Lámina 105.—La Virgen teniendo sobre las rodillas á su Hijo muerto.—Grupo en mármol de Miguel Ángel que se halla en San Pedro de Roma y data del siglo XVI.—Se censuraba á Miguel Ángel por haber hecho á la Virgen demasiado joven y hermosa para ser madre de un hombre de treinta años, y dió él esta respuesta, que revela, además de su genio artístico, sus sentimientos sinceramente piadosos: «Esta madre, dijo, fué una virgen, y vosotros sabéis que la castidad del alma conserva la frescura del rostro. Es probable que el cielo, para dar testimonio de la angelical pureza de María, permitiese que conservase la dulce expresión de la juventud, mientras que no fué necesario que la divinidad nos ocultase lo que es propio del hombre para que el Salvador mostrase que realmente se había sujetado á todas las miserias humanas. Esa es la razón por que la Virgen es más joven que su edad, y por que dejó en el Salvador todas las señales de la suya.»

cruz, dos discípulos, que también se habían ocultado, se resolvieron á declararse y manifestarse fieles á su Maestro. Un hom-

bre rico y de gran prestigio, llamado José, natural de la villa de Arimathea é individuo del Sanhedrín, tuvo valor para presentarse al gobernador pagano á pedirle, en concepto de discípulo, el cuerpo de su Maestro Jesús para darle sepultura, y Pilatos se le concedió. José se fué al momento al Calvario, acompañado de Nicodemus, su colega en el Gran Consejo, y que, como él, había protestado contra la sentencia dada por la mañana; el primero había comprado un sudario nuevo y el segundo cien libras de mirra y de bálsamo; y unidos los dos en amor y sentimientos, sin temor al odio de los judíos, ni á la impureza legal en que se incurría por todo el que tocase un cadáver, desclavaron de la cruz á Jesús y le bajaron de ella. Era esa una operación y un oficio impropios de su rango jerárquico, y en semejante obra se revelaba una prueba más del amor que Jesús les inspiraba. Si se tienen en cuenta todas las circunstancias en que los dos discípulos se hallaban, se verá en su conducta un primer milagro de aquel Espíritu consolador de fortaleza y de luz que tantas veces había anunciado y prometido el Maestro á todos los que creyesen en Él.

La Santísima Virgen se había quedado al pié de la cruz con San Juan, María Magdalena y otras almas fieles á Jesús. Según una tradición conservada por los intérpretes más antiguos, fué Nicodemus el que arrancó los clavos, José el que sostenía el cuerpo; María Magdalena y Juan estuvieron llorando, y la Virgen Santísima, sin derramar lágrima alguna, ofrecía á Dios lo



bre rico y de gran prestigio, llamado José, natural de la villa de Armathea e individuo del Sanhedrín, tuvo valor para presentarse al gobernador romano á pedirle, en concepto de discípulo, el cuerpo de su Maestro Jesús para darle sepultura, y Pilatos se le concedió. José se fue al momento al Calvario, acompañado de Nicodemo, su colega en el Gran Consejo, y que, como él, había protestado contra la sentencia dada por la mañana; el primero había comprado un sudario nuevo y el segundo cien libras de mirra y de bálsamo; y unidos los dos en amor y sentimientos, sin temor al odio de los judíos, ni á la impureza legal en que se incurria por todo el que tocase un cadáver, desclavaron de la cruz á Jesús y le bajaron de ella. Era esa una operación y su éxito supuestos de su rango jerárquico, y en semejante obra se revelaba una prueba más del amor que Jesús les inspiraba. Si se tienen en cuenta todas las circunstancias en que los dos discípulos se hallaban, se verá en su conducta un primer milagro de aquel Espíritu consolador de fortaleza y de luz que tantas veces había anunciado y prometido el Maestro á todos los que creyesen en Él.

La Santísima Virgen se había quedado al pié de la cruz con San Juan, María Magdalena y otras almas fieles á Jesús. Según una tradición conservada por los intérpretes más antiguos, fué Nicodemo el que arrojó los clavos, José el que sostenía el cuerpo; María Magdalena y Juan estuvieron llorando, y la Virgen Santísima, sin derramar lágrima alguna, ofrecía á Dios lo



El CRISTO MUERTO

Entre la Virgen y San Juan, que le sostienen, y María Magdalena, que tiene sus pies abrazados.
Cuadro de Fra Bartolommeo (Baccio della Porta) en la Galería Nacional de Florencia. Siglo XV.

que su infinita justicia había exigido, y este mismo sacrificio no podía estar por encima de su amor. Ella recibió, conforme se iban arrancando, los clavos teñidos en la sangre de su Hijo; y cuando el sagrado cuerpo fué bajado de la cruz, también Ella le abrazó y puso sobre el seno virginal que le había dado á luz. En esa ocasión, María Magdalena cubrió nuevamente de besos y bañó con sus lágrimas los piés del Salvador, que la habían dado la salud; y también Juan puso otra vez su cabeza sobre el sagrado pecho que él había ya tocado, y en el cual su inteligencia y su corazón sintieron lo que es dado y permitido al hombre saber de los secretos de Dios.

Después de la lanzada que hizo brotar sangre y agua del divino costado, todos los que tocan el cuerpo del Salvador pertenecen á su Iglesia santa. Los enemigos se han retirado y queda sólo la Iglesia, teniendo á su cabeza á María; y la Iglesia se apropia el divino cuerpo de Jesús para reproducirle por la inflexible consagración eucarística y para conservarle para siempre.

José y Nicodemus procedieron á dar sepultura á Jesús conforme á la costumbre de los judíos; y al efecto ungiéron su cuerpo de aromas, le envolvieron estrechamente con lienzos que con ese fin habían llevado y cubrieron su rostro con un sudario. Todo este cuidado y esmero, si bien atestigua y revela su piedad, también denota que ellos en ese momento apenas se acordaron de las promesas de la resurrección, ó que las entendieron en otro sentido que el que ellas tenían. Dios lo permitió así para

establecer más sólidamente contra las futuras negaciones de los incrédulos la realidad de su naturaleza humana, la de su muerte y la de su resurrección. Aunque con fin distinto, así como le tocaron y palparon aquellos que le atormentaron y quitaron la vida, así también tocan después con sus manos su sacratísimo cuerpo por amor y devoción sus fieles y sus discípulos, y éstos ven la frente herida por las espinas, los cabellos ensangrentados, las contusiones y las heridas profundas como la del costado, los ojos apagados, el frío y la insensibilidad propios de un cadáver, y, en una palabra, ven con evidencia la realidad de la vida y la realidad de la muerte. Para fortalecer y confirmar la fe de los cristianos débiles, conviene añadir que, si Jesucristo no hubiese muerto con los tormentos de la pasión y de la cruz, sus mismos discípulos le hubiesen quitado la vida ligando tan fuertemente y tapando su cuerpo y su rostro y habiéndole enterrado. Luego desde el momento en que ellos han atestiguado, con riesgo de su propia vida, que Él estaba muerto y que resucitó, merecen fe á todas luces y á todo sensato y desapasionado criterio, porque ellos le tocaron vivo y le tocaron después muerto; y nada hubo tan vacilante y débil como su fe en la resurrección, hasta que volvieron á verle y tocarle otra vez vivo, porque no debe olvidarse que, después que Jesucristo pronunció las palabras *consummatum est*, quedó el amor en el corazón de sus discípulos; pero su fe se eclipsó y se apagó, ya que no se extinguió completamente por efecto de la gracia y misericordia de Dios;

y ese efecto producido en la fe de los fieles está admirablemente significado por la Iglesia en el oficio del Viernes Santo, cuando va apagando sucesivamente todas las velas, exceptuando una sola, que es la que representa á María, en cuyo corazón no pudo extinguirse la fe; pero la augusta Consejera y Confidenta quiso guardar los divinos arcanos hasta que llegase la hora de revelarlos.

Después de estar Jesús amortajado, José, Nicodemus y Juan llevaron su cuerpo á un huerto próximo al Gólgota, en donde había un sepulcro abierto en roca viva y enteramente nuevo, mandado hacer expresamente por José para enterrar allí el cuerpo de Nuestro Señor, pues ya que al nacer no tuvo cuna, ni al espirar una piedra donde reclinar su cabeza, halla después de muerto quien le preste un sepulcro. Tales son las disposiciones de su divina Providencia y las enseñanzas de su infinita sabiduría, pues así nada prueba con más evidencia que todo le pertenece, y que nació y murió para bien de otro. ¿Por qué darle si no la propiedad de una sepultura á Aquel que no tuvo la propiedad de su muerte, ni por qué dar un sepulcro en la tierra á Aquel que habitualmente está en el cielo? El sepulcro es la habitación de la muerte, y Jesucristo es la vida; y el que es eternamente vivo no tiene necesidad de la mansión de los muertos.

Sin embargo, ese sepulcro, por donde Él no haría más que pasar, más bien como dormido que como muerto y postrado,

debía abrirse en roca viva y no en la tierra para contestar á los que después habían de decir que el cuerpo de Jesús había sido furtivamente sustraído del sepulcro; y convenía que fuera enteramente nuevo y sin uso, para representar de alguna manera la virginidad de María; por eso dice un Santo Padre que el sepulcro que recibió el cuerpo del Señor fué siempre intacto y virgen como las entrañas que le concibieron. Un purísimo seno le engendró, y un sepulcro nuevo le recibe; y José, que da ese sepulcro, se llama el *Justo*, como María se llama *Virgen*. En el sepulcro del Justo no entra ni tiene alcance la corrupción, y el seno de María no conoce ni siente la mancha del pecado. Jamás ese cuerpo pobre y lleno de sufrimientos estuvo separado de la santidad y de la pureza; y aunque Jesús, como hombre verdadero, tomó de la humanidad las condiciones más humillantes de ella, sin embargo, se eximió del pecado, y, como verdadero Dios, tuvo siempre la original pureza, digna de su santidad esencial.

Las piadosas y santas mujeres siguieron hasta el sepulcro, con el fin de suplir lo que pudiera faltar; y habiéndose terminado enteramente el sepelio, aunque hecho con alguna premura por causa de la hora ya muy avanzada, los discípulos cerraron el sepulcro, poniendo sobre él una gran piedra, y se retiraron de allí en los momentos en que aparecían ya las estrellas del Sábado en el cielo. Las mujeres se quedaron todavía algún tiempo junto al sepulcro, y después volvieron á Jerusalén y

guardaron descanso todo el día del Sábado, según lo prescribía la Ley.

Entonces recibió el Sábado por primera vez su profética significación, que en lo sucesivo había de cumplirse. Lo que dice el Génesis de que, habiendo Dios acabado en seis días la obra de la creación, descansó el día séptimo, es una profecía de la obra de la Redención, porque Dios no se fatigó para crear el mundo, y no tuvo ni tiene necesidad de descanso; todas las cosas fueron hechas por un acto de su omnipotencia, por una palabra: «Él dijo, y todo fué hecho.» Y como creó entonces sin fatigarse, así crea, conserva, renueva y gobierna todo al presente; y así decía el Salvador: «Mi Padre obra sin cesar.» Empero la Redención, obra grandiosa del Hombre-Dios, fué un trabajo largo y penoso, que realmente fatigó al Redentor, costándole más el disipar las tinieblas de la idolatría que el crear la luz, y el restaurar en el hombre la imagen de Dios, desfigurada por la culpa, que el formarla por primera vez; de donde resulta que, cuando la Santa Escritura enseña que Dios-Creador descansó el séptimo día, nos predice al Dios-Redentor, al Dios-Hombre descansando el día séptimo en el sepulcro, después de acabada la obra de nuestro rescate; y en eso está fundado el que el Sábado Santo se lea, bajo el título de *Profecía*, la narración del descanso de Dios; el que fuera un día tan solemne el sábado entre los judíos, y lo sea entre nosotros igualmente el domingo; el que la Iglesia, nuestra Madre, asistida del Espíritu

Santo, haya trasladado la festividad del Sábado; y en eso también está fundado el que la sepultura de Jesucristo, enlazando y uniendo entre sí los misterios de su muerte y de su resurrección, y probando simultáneamente los dos, sea mencionada expresamente en el símbolo de los Apóstoles. Pero el Hijo de Dios, al mismo tiempo que cumple las profecías, termina su obra y su descanso, y no deja de obrar y de trabajar, porque, aún sepultado, completa la enseñanza que quiere dar, y añade una gracia á todas las que había ya dado. Para hacerse más semejante al hombre, se sujeta á la inevitable humillación de la mortaja, del sudario y del sepulcro; y por misericordia hacia el hombre, al tomar esa humillación, quita y separa de ella el horror y la afrenta. De ese modo, si es preciso pasar por esa oscura noche del sepulcro, nos alienta el considerar que Él ha pasado también; si hay que andar por el camino que conduce á ella, ese es uno de los suyos, y, como todos los suyos, nos guiará hasta llegar á Él, nos conducirá hasta el cielo. Con esa ciencia del ejemplo y esa sabiduría del amor, Jesús formó un pueblo que no teme los sufrimientos, ni la cruz, ni la muerte, sino que, al contrario, la desea y la acepta por imitarle y seguirle. Fijando en Jesús nuestra mirada, digamos con gran fe y cristiano valor: «El descanso del sepulcro ó el descanso del cielo, en cuanto que el primero conduce al segundo.»

Mientras que los fieles y amigos de Jesús, por respeto á la Ley, cuya abrogación les era desconocida todavía, imponían

descanso hasta á su mismo dolor y á su piedad, los fariseos, tan escrupulosos de la observancia del Sábado, no temían quebrantarlo. Muy poco seguros con los acontecimientos que acababan de tener lugar en la ciudad, y acordándose de lo que se olvida-

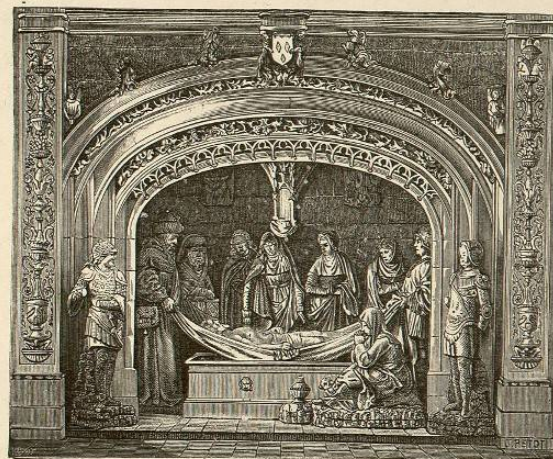


Lámina 106. — La Sepultura. — Grupo en piedra de Miguel Colombo, que se halla en la iglesia de la abadía de Solesmes, y data del siglo XV. — Esta escena se halla representada bajo una bóveda oival formando una especie de gruta. José de Arimathea y Nicodemus tienen los extremos de la sábana, en presencia de la Virgen y de las piadosas mujeres. Magdalena está sentada al pie del sepulcro. — Ese monumento fué terminado por los artistas que vinieron de Italia con Carlos VIII. Los pilares que forman el cuadro indican el principio del Renacimiento en Francia.

ban los discípulos, fueron á ver á Pilatos y le dijeron: «Señor, ese seductor, cuando estaba en vida, dijo que resucitaría después del tercer día. Ordenad, pues, que se ponga una guardia en el sepulcro hasta ese día, porque si fueran sus discípulos y robasen el cuerpo, y dijieran luégo que había resucitado, este

segundo error sería mucho peor que el primero.» Los fariseos habían visto con demasiada evidencia la timidez y cobardía de los discípulos para que pudieran temer sus asechanzas y sus intentos, y lo que realmente temían era otra cosa : temían el milagro de la resurrección. Pilatos les respondió : «Hacedlo como vosotros lo creáis más conveniente.» Ellos fueron al momento al sepulcro, sellaron la losa y pusieron centinelas; pero ignoraban el testimonio tan incontrastable que, al obrar así, iban á dar de lo que ellos temían.



Lámina 107.—La Oración de los ángeles.
Cuadro sacado de un fresco de Benozzo Gozzoli, que se conserva en el palacio Riccardi, en Florencia, y data del siglo XV.



IX

JESUCRISTO RESUCITADO

La Resurrección.—La Ascensión

LA RESURRECCIÓN

IGNÓRASE el instante exacto y preciso en que tuvo lugar la resurrección; pero se cree con fundamento que se verificó al comenzar el tercer día, entre la primera aurora y la salida del sol. Llegado ese feliz momento, Jesús, del modo que había salido del seno intacto y purísimo de la Virgen, salió también del sepulcro por su propia virtud, sin el auxilio ó intervención de poder ó fuerza alguna exterior, y sin romper ni volver la piedra que le cubría, sino penetrando por ella en virtud de la sutileza de que estaba dotado su cuerpo glorioso. Los guardas del sepulcro no se apercibieron de nada, ni vieron al

Inicial de un ms. del siglo XIV.
Biblioteca de M. Didot.